

tienen. Pudiera Etelvina
sospechar....

HERM. Si tú lo quieres.

Si no la mujer también
sabe ocultar á los ojos,
palideces y sonrojos
que los demás nunca ven.
Además, puedes partir
á otro cercano hospital
sin verle, ni hablarle.

MARIA. ¡A cuál!

HERM. A Pozo Blanco.

MARIA. Cumplir
debo, encargo que me dió
ella para él, mientras llega.
HERM. Lo haré por tí.

MARIA. No me niega

el valor con que venció
mi alma por Dios inspirada
en mi amoroso combate.
*(Te toma á su amiga una mano
y la lleva al corazón.)*

Mira que tranquilo late
mi corazón.

(aparte.) ¡Desdichada!

HERM. Ahora déjame aquí
esperando que despierte;
nada temas, seré fuerte.

MARIA. *(señalando la puerta derecha.)*

HERM. Te acompaño desde allí.

(vase.)

ESCENA SEPTIMA.

MARIA Y CARLOS.

(el segundo dormido.)

MARIA. *(Después de contemplarle un momento, se arrodilla ante el Crucifijo, ora un instante en silencio y luego en voz alta y emocionada.)*

Dios de bondad infinita,
fuente de dulce consuelo,
si permites que del cielo
venga á la tierra, proscrita,
el alma que aquí se agita
luchando con las pasiones;
tú, que ves los corazones,
fortalece con tu amor,
éste, que llena el dolor
de mundanas emociones.

No abandones en el mar
de la duda mi barquilla;
condúcela hasta la orilla
sin dejarla zozobrar:
si formulé ante tu altar
votos de sincera fe;
si allí todo lo olvidé
para consagrarme á tí,
compadécete de mí
porque en tu bondad confié.

(se enjuga los ojos y ya serena se pone de pie, á tiempo que Carlos se despierta poco á poco para oír ya el siguiente verso de María, incorporándose.)

Me siento tranquilizada.

CARLOS. ¡Esa voz!... ¡Adónde estoy?..
¡Y la hermana?

MARIA. Si yo soy..
CARLOS. *(Se levanta, se acerca á ella, la mira fijamente, tratando de coordinar sus ideas.)*

Ese rostro... Esa mirada...
Usted... Usted es... ¡María!
ó yo deliro creyendo
realidad lo que estoy viendo
solo con la fantasía.

MARIA. Soy Carlos, quien dice usted.

CARLOS. ¡Y de Méjico ha venido?

MARIA. Mis deberes me han traído.

CARLOS. ¡Cuánto lo siento.!

MARIA. ¡Por qué?

CARLOS. Porque hoy en estos lugares
la muerte bate sus alas.

MARIA. O nos prepara sus galas
tras de aquellos luminaires.

(señalando al cielo.)

CARLOS. Entónces, usted es....

MARIA. Yo....

soy el primer pasajero
de los cuatro....

CARLOS. ¡Ah! el primero.

MARIA. ¡Y los otros?
Retardó
un obstáculo su viaje
y no quise ya esperar.

CARLOS. ¡Y cómo pudo pasar?

MARIA. El pasaporte es mi traje;
además, creyendo que
llegar aquí no pudieran

fácilmente, y no cumplieran
un encargo para usted,
yo, Carlos, vengo á entregar
quizá lo que usted ansiaba.
Aquí está. *(Le entrega una pequeña caja que contiene el retrato de Etelvina en un relicario, y una flor, mientras Carlos abre la caja, María dice aparte.)*

(Solo faltaba esto para consumar el sacrificio.)

CARLOS. *(olvida que no está solo: con entusiasmo.)* ¡Ella es!

Mi Etelvina... y una flor..
(después de besar estos objetos advierte la presencia de María y vacilante y cortado le pregunta.)
Y.... Usted las trajo?....

MARIA. Un favor
nunca se niega. Después
las cartas recibirán,
si llegar pueden aquí
los otros viajeros.

CARLOS. Y....
¿usted cree?....

MARIA. Dios lo querrá.
Ya mi promesa he cumplido,
nada más tengo que hacer;
voy á partir; el deber
me llama urgente.

CARLOS. *(tristemente.)* ¡Ha venido
para abandonarme luego?

- MARIA. Voy al hospital cercano
de Pozo Blanco.
- CARLOS. Inhumano
exponerse así, sería,
é inútil temeridad.
- MARIA. ¿En donde la caridad
en nosotras estaría
si la vida consagrada
á ejercerla por doquiera,
cobarde retrocediera
ante el peligro?
- CARLOS. Abnegada
sin duda es la misión
de vdes., bien lo comprendo.
- MARIA. Entonces, estoy perdiendo
horas preciosas, que son
para los pobres pacientes
largas como el sufrimiento.
- CARLOS. Aquí también hay tormento
que calmar; olas rugientes
que amontona lo pasado
nublando lo porvenir:
hay que aliviar el sufrir
de un corazón lacerado.
- MARIA. *(con sorpresa.)*
Ese lenguaje me espanta
y no me explico por qué
habla usted así! . . .
- CARLOS. Yo sé
que usted sufre, y se levanta
terrible en este momento
dentro de mi corazón,
la terrible acusación
del hondo remordimiento.

- (animándose.)*
Era usted feliz un día
del colegio al santo abrigo,
y de su dicha testigo
entonces yo fuí, María.
A empañar esos fulgores
de celestial venturanza
á sembrar una esperanza
para recojer dolores,
fuí yo inconscientemente,
se lo juro por mi honor,
mas yo desperté el amor
en ese pecho inocente. . . .
- MARIA. *(aparentando serenidad con di-
simulada intención.)*
¿Usted. . . Usted? Imposible.
Sueña, delira. . . no es cierto.
Yo no amé nunca.
- CARLOS. *(con triste seriedad.)* Despierto
estoy ahora, y sensible
á su abnegación profunda.
Comprendo que oculte uste
lo que pasó, lo que fué,
lo que de pesar inunda
desde que lo supe, mi alma.
y por lo que ahora pido
el perdón que no he podido
antes pedirle.
- MARIA. La calma
recobre usted, Carlos, yo,
no tengo que perdonar,
y siempre habré de pensar
que usted, usted se engañó.

- CARLOS. Fuera mejor por mi vida,
pero no estoy engañado.
- MARIA. ¿Y quién pudo haber osado
calumniarme?
- CARLOS. La sentida
confesión de su dolor
calumnia no puede ser.
Hay un cariñoso ser
que confiado en mi honor,
de usted el amor secreto
me dijo en supremo instante.
(aterrorizada.)
- MARIA. ¿Quién es?....
- CARLOS. No importa. Delante
(señalando el Crucifijo.)
del Hijo de Dios, respeto
es lo único, María
que para usted hubo en mí.
Sea testigo El, que aquí
le pido el perdón que ansía,
quien con tanta ligereza
no con instintos perversos
dióle á usted flores y versos
que le causaron tristeza
porque amarla no podía
quien ser discreto debió
y en su error no comprendió
que amor, mujer, poesía,
son tres notas que jamás
han de resonar aisladas,
pues mientras más separadas
el alma las une más:
tres cuerdas de arpa que vibra
y responde al sentimiento

- con el unísono acento
que conmueve hasta la fibra
más débil del corazón.
¡Ay! de quien no lo comprende
y en ellas el fuego enciende
de mortífera pasión.
- MARIA. *(aparte muy abatida.)*
¡Dios mío! perdón... yo muero.
¿Para qué le viene á ver?....
(tratando de sobreponerse á la emoción.)
Carlos, adiós... Puede ser
que para siempre.
- CARLOS. *(suplicante.)* No quiero
que usted me abandone así
sin otorgarme siquiera
su perdón.
- MARIA. ¿Y qué pudiera
decirle, pobre de mí,
cuando culpable no es
de aquél delirio insensato?
Esa flor y ese retrato
le acompañarán después
en esta su soledad
(casi llorando.)
Dios ha querido probarle,
y también querrá salvarle
de crüel adversidad.
No se oponga á mi partida
se lo ruego, y generoso
lo hará por mí, ¿no?
- CARLOS. Azaroso
ha sido en la triste vida
para usted el paso incierto:

pero el mártir siempre alcanza
á distinguir la esperanza
que brilla en lejano puerto.
La virtud en el dolor
se acrisola y engrandece.

MARIA.

¡Feliz quien así padece!
(aparte, alzando al cielo los ojos.)

CARLOS.

¡Ten piedad de mí, Señor!
Por última vez, María,
no me deje usted, presiento
algo que mi pensamiento
traduce por agonía.
Vamos á ser atacados
dentro de poco, pudiera
ser muy bien que sucumbiera
y fuésemos destrozados.
Sin usted, ¿quién llevará
á mi padre cariñoso,
el suspiro congojoso
que de mí se escapará
si la muerte....

MARIA.

(interrumpiéndolo.) No lo diga.
(aparte.)

*(Porque me falta valor
para dejarle.)* á él. ¡Qué horror!
usted, morir... no... no siga
diciéndomelo por qué....

*(dominándose y el primer verso,
aparte.)*

¡Basta de debilidad!
Carlos... en la eternidad
nos veremos. Sea usted
digno de mí... de los dos....
(pausa solemne.)

CARLOS.

*(tendiéndole la mano para des-
pedirse y retirándola arrepentido.)*

María... ¡oh! no... no puedo...
No sé por qué tengo miedo
de darle á usted este adiós.

*(María llora tratando de que no
lo advierta Carlos; pero éste la
ve enjugarse los ojos, se arrodilla
y le toma una mano que ella se
resiste á abandonarle.)*

Si no es posible dejar
que parta usted... Si de hinojos
se lo ruego, y en sus ojos
estoy mirando temblar
del noble llanto á través
la compasiva mirada
que espera el alma angustiada
humildemente á sus pies.

*Ha amanecido y la luz inunda
la estancia. Mientras Carlos di-
ce los ocho versos últimos apare-
cerán por el fondo D. Inigo, D.
Antonio y Etelvina, que ansiosos
quieren llegar adonde está Car-
los, pero que se detienen sorpren-
didos ante la actitud que guar-
dan él y María.*

ESCENA OCTAVA.

DICHOS, D. ANTONIO, D. IÑIGO Y ETELVINA.

MARIA. *(Logra desprenderse de Carlos y se dirige con precipitación á la puerta del fondo, encontrándose con el grupo. Los vé aterrorizada, vacila y cae desplomada exclamando.)*

¡Ah!

(Al escuchar Carlos la exclamación se levanta y al dirigirse á María se encuentra con el grupo también. Momentos de estupor.)

ETELV. ¡María! *(atendiéndola así como D. Antonio.)*

D. ANTONIO. ¡Ella!

CARLOS. *(quiere arrojar en brazos de D. Iñigo y conteniéndolo éste.)*

¡Padre!...

D. IÑIGO. ¿Así cumples tus deberes, seduciendo á las mujeres?..

CARLOS. *(con solemnidad.)*
Por mi noble y buena madre que desde el cielo me vé, juro de ambos la inocencia. *(acercándose á Etelvina.)*

¿Me crees?

ETELV. *(llorosa y con tono de disculpa.)*

Carlos; mi conciencia me dice que sí.

CARLOS. *(á D. Antonio.)* ¿Y usted Don Antonio?

D. ANTONIO. Yo á tu honor
fié la dicha de Etelvina;
de Dios la bondad divina
disipará nuestro error.

TELON RAPIDO.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

